

Ambiente y Teoría del Ambiente: Notas para sendas historias

Roberto Fernández

Resumen

Ambiente y Teoría del Ambiente es un intento de indagar sobre la construcción del concepto de *ambiente*, tanto como algo derivado de una historia en sí de tal concepto como del devenir, también histórico, de diversas tentativas de articulaciones disciplinares que, especialmente desde la cruce entre biologismos y sociologías pudieran dar cuenta de esas articulaciones y del surgimiento de un campo de conocimiento *relacional* de diversos y muy diferentes objetos de estudio (como los ecosistemas y las sociedades). La aportación conceptual de ambientalistas como Leff, O'Connor y Martínez Alier creo que es fundamental para entender este desarrollo histórico-epistémico y en él, el surgimiento de un *superobjeto ambiente* que quizá pueda enmarcar la notable dispersión disciplinar que estaría presentando el análisis de las sociedades urbanas en un presente histórico de crisis.

Si bien podría hablarse de una larga historia de relacionamiento diverso de las sociedades con sus entornos de naturaleza, la cuestión ambiental como emergencia *problemática* de esa relación es más bien uno de los efectos de la modernización y de la intensificación industrial de las tecnologías de explotación de la naturaleza —como escenario productivo— y de la complejización de los asentamientos humanos.

En ese sentido, como ha ocurrido en otras dimensiones de la modernización, la cuestión ambiental se ha desarrollado según un arco de construcciones teóricas que va de lo abstracto a lo concreto, de la modelística científica a las aplicaciones territoriales localizadas.

Las dialécticas interactivas entre la historización de procesos sociales susceptibles de configurar *escenarios ambientales* (y en ellos: *procesos y problemas ambientales*) y la historización epistemológica de un modo específico, aunque complejo, de descripción de fenómenos y procesos históricos en los que se manifiestan articulaciones entre socie-

dad y naturaleza, modo que podemos definir con el adjetivo *ambiental*, constituyen un campo que se imbrica y relaciona, de manera de proveer argumentos cruzados pero también específicos de tales dos dimensiones de análisis.

Una primera, que se aboca a establecer la historización de procesos de relación sociedad/naturaleza que si bien pueden formar parte del trabajo histórico en general (o más específica y especializadamente, de la historia económica o también, de la microhistoria o historia local) han ido dando cuenta, *ex post*, de la posible identificación de un campo subespecializado que podríamos llamar de *historia ambiental* (o un poco más forzadamente, de *geografía histórica*).

Y una segunda noción que sería la que constataría, si se quiere dentro del gran campo de la historia intelectual o de las ciencias, el proceso de conformación epistemológica de un territorio del saber que llamaríamos propio de las ciencias ambientales, o del saber ambiental o aún, del paradigma ambiental.

Arquitecto, UBA, 1970. Profesor e Investigador en las Facultades de Arquitectura de Buenos Aires y Mar del Plata. Publicaciones recientes: *Derivas. Arquitecturas en la cultura de la posurbanidad*, Santa Fé, Editorial UNL, 2002. *La naturaleza de la metrópolis*, Buenos Aires, Editorial FADU-UBA, 2000. *Gestión ambiental de ciudades*, México, Editorial PNUMA, 2000.

Una historia así, de acontecimientos y procesos encuadrables dentro de un discutible pero posible campo de la historia ambiental, en tanto campo que algo tautológicamente se ocuparía de describir circunstancias extendidas en el tiempo en las que se destacan determinadas relaciones y racionalidades en las relaciones entre grupos sociales y estructuras territoriales —o ecosistémicas, según respectivamente, se priorice el modo de entender la naturaleza de la geografía o la ecología— las que agrupadas, tipificadas y discernidas (respecto de otras relaciones y racionalidades sociedad/naturaleza) conforman el sustrato fenoménico propio de un campo o esfera de lo ambiental.

Y en paralelo o no, una evolución conceptual según la que se formaliza un estamento del *conocimiento científico*—no tanto de forma disciplinar sino más bien *interdisciplinar*— que a lo largo de un proceso histórico-epistémico va sentando bases para un saber específico, el ambiental, que por ello, es susceptible de reconocer una historia. La legitimización creciente de este saber específico aunque incipiente dentro del proceso de la división del conocimiento moderno, vendría acrecentada por la magnificación creciente de circunstancias que llamaríamos *problemas ambientales*, es decir, en notorias mermas de racionalidad en las relaciones entre sociedades y naturaleza, incluso entre sociedad global y ecósfera (o naturaleza global), ahora en que precisamente, se ha densificado el concepto de *globalización*.

La construcción histórica de la idea de ambiente, como un concepto definido en un nivel abstracto, tiene recientemente, varias vertientes. Una ligada a la historia de las ciencias, propone la derivación del concepto de ambiente, desde un campo denominado de las *ciencias ambientales* que por ejemplo en P. Bowler,¹ se describe como el desarrollo de una creciente *complejización* en los abordajes específicos de las antiguas *ciencias de la naturaleza*: en rigor, unas ciencias ambientales podrían conceptualizarse como aquellas que analizan la complejización evolutiva de las unidades u objetos de la naturaleza, las que establecen algunos lazos de relaciones entre los sectores tradicionales —por ejemplo, entre la biología y la física— y las que intentan internalizar algunos efectos resultantes del

proceso técnico moderno de la antropización de los recursos naturales y sus propiedades.

Una segunda vertiente asume el protagonismo reciente de la *ecología*, como dispositivo científico *hegemónico* para la interpretación de las relaciones entre las sociedades y sus entornos naturales, aunque tales relaciones devengan, en esta perspectiva, muy determinadas por el campo natural.

De las varias historizaciones ambientales sesgadas por la perspectiva ecológica destaca el trabajo de J.P. Deleage,² que aunque centrado en la historización del propio desarrollo de esa ciencia, se expande para analizar la construcción moderna de la noción de ambiente.

Una tercera vertiente se liga a la historización de los procesos de gestión ambiental en tanto manifestaciones que sintetizan los esfuerzos para construir *alternativas políticas* referentes a una optimización de la relación entre sociedad y naturaleza.

Uno de los aportes en este sentido es el texto de A. Bramwell acerca de la historia del desarrollo político de la ecología, incluyendo el célebre caso de la política *blau und boden* del partido nazi en el Tercer Reich, presentado por la autora como uno de los hitos de la utilización políticamente incorrecta de las ideas ecologistas.³

De manera más filólicamente abarcativa, propuestas como la *ecosofía* o *deep ecology* del noruego A. Naess, se postulan como modelos críticos de la complejidad contemporánea, aunque el fundamentalismo resultante sea políticamente inviable.⁴

Y un cuarto y final grupo de aportes en el sentido aquí enunciado, proviene de la *crítica ambiental de la economía* que por tal razón comparte la dimensión de abstracción de los conceptos de esta disciplina, como los de valor, espacio, flujo o recurso. En este último nivel destacan aportaciones como las de J. O'Connor,⁵ H. Daly,⁶ I. Sachs,⁷ J. Martínez Alier⁸ y E. Leff.⁹

Si puede hacerse una reconstrucción de cómo se fundó históricamente un concepto —o noción abstracta— de *ambiente*, también puede intentarse situar esa noción en el seno de su caracterización espacial, en un primer nivel de superación de su condición histórico-abstracta, en torno de su relación con el concep-

to de *región*, a la sazón también dependiente de un desarrollo conceptual abstracto.

Las revisiones ambientalistas de la idea tradicional y economicista de *región* ha sido ejemplarmente traspuesta a un estilo alternativo de planificación territorial por autores como I. McHarg, quién construyó un marco conceptual y metodológico extremadamente riguroso a partir de una serie de estudios de redesarrollo territorial, la mayoría de características ligadas a la inserción regional de grandes sistemas urbanos (Washington, Filadelfia, Nueva York, etc.).¹⁰

Siendo la *región* todavía una noción revestida de abstracción, el descenso de las concepciones ambientalistas a una aplicabilidad mayor a las relaciones reales entre las sociedades y sus soportes naturales, podría verificarse en la idea geo-histórica de territorio. En efecto, enfoques tales como los de *cuenca* y *sistemas de asentamientos* permiten una mayor precisión y delimitación de componentes sociales y naturales, dando curso a modelizaciones más sistémicas, incluso aquellas ligadas a la definición de balances de entradas y salidas de materia y energía.

Por fin, la voluntad de espacializar fenómenos de tipo ambiental puede encontrar aún una dimensión espacial todavía más precisa o puntual, al referirse a los asentamientos urbanos, susceptibles de estudiarse según el modelo de los ecosistemas, de modelizarse como grandes organismos de reelaboración y consumo de insumos trófico-energéticos y excretorios de residuos y de caracterizarse como ámbitos concretos de relación entre demandas del habitar de un grupo social y ofertas del hábitat de una segunda naturaleza compuesta de recursos naturales y de densas redes de mediaciones tecno-estructurales.

Sin embargo, esta supuesta concentración de las problemáticas ambientales en los sistemas urbanos puede obturar el adecuado análisis de las dinámicas ambientales, que suelen reenviar a dimensiones extra-urbanas o territoriales de variable escala y complejidad.

La noción de *huella ecológica* es una de las ideas que, para establecer una medida de la racionalidad ambiental de un asentamiento urbano, requiere analizar el grado de dispersividad territorial de éste, sea como demandante lejano de recursos naturales, sea

como oferente también hipotéticamente lejano, de residuos resultantes del funcionamiento del metabolismo urbano.

Los pasajes precedentes pretenden situar el origen y desarrollo de las ideas ambientales en el contexto de un cierto desarrollo histórico que se eslabona desde lo abstracto-científico hasta lo concreto-territorial: en tal sentido, dicho desarrollo remite a entender un determinado posicionamiento epistemológico de estos saberes en el evolutivo campo de división intelectual del conocimiento.

Por lo demás, el diverso decurso de ambas dimensiones revela el grado de desarrollo desigual de la cuestión ambiental en las esferas científica y política respecto del más generalizado desarrollo cultural, ciertamente vinculable con una mayor encarnación local o territorial de las problemáticas ambientales verificable en la importancia creciente del movimientismo ambiental y la participación social básica.

En paralelo a este despliegue de *saber básico*, se constituye un posible campo de *saber aplicado*, cuya finalidad remite más bien, a constituir un enfoque crítico exógeno al desarrollo socio-histórico-tecnológico, cuya validación endógena tienden a ejercer las disciplinas convencionales: lo crítico-exógeno de la mirada ambiental aplicada a otros saberes constitutivos y regulativos de lo real-natural se presenta esencialmente como *dispositivos de control* de aquellas transformaciones ambientales de lo real-natural históricamente dadas según el marco del *saber / poder* dominante.

En realidad podría decirse que la profundización de un rol dominante de *control* que el saber ambiental tiende a arrogarse respecto del desarrollo socio-productivo históricamente constituido, resulta simétrico del proceso según el cuál, dicho desarrollo parece haberse fundado, como lo sostiene Luhmann,¹¹ en un progresivo y sostenido incremento del *riesgo*: en efecto, un margen del cuál dependen resultados supuestamente evolutivos del desarrollo es llevar a umbrales crecientes de riesgo las operaciones genéricas del desarrollo entendido como antropización de la naturaleza.

De allí entonces que, si un saber científico-tecnológico se ha ocupado de aumentar sistemática y exhaustivamente los umbrales de

riesgo, es explicable que de manera interactiva, emerja un saber alternativo y crítico que procure definir parámetros de control de ese proceso casi lúdico, de aumentar las apuestas de riesgo, no necesariamente legitimadas ni por la consistencia científica (la banalidad de unas *ciencias económicas* que no contemplan la segunda ley de la termodinámica es un ejemplo de esta inconsistencia aceptada) ni por la legalidad político-jurídica (dada la reconversión del Estado en órgano subsidiario del Mercado y la regresión de la Sociedad a entidad manipulada por el consumo info-mediático).

Desde una perspectiva devenida de la ciencia histórica, es evidente subrayar que buena parte de tal conocimiento deviene de interpretar procesos influenciados —o determinados— por componentes o características de los contextos geográfico, ecológico y cultural, así como de los sistemas de percepción de tales relaciones procesos-contextos sobre todo puestas en evidencia por dos grandes dinámicas históricas a saber, las de la apropiación social de la naturaleza y las de la transformación social de los medios en diverso grado de antropización, circunstancias en las que vuelve a emerger la posibilidad de aludir a una *naturaleza primera* y a una *naturaleza segunda*.

Quisiéramos, para terminar (de empezar... en cuanto a la delimitación y especificación de un posible campo de conocimientos y prácticas de historia ambiental) proponer la perspectiva de cinco grupos, tipos o enfoques de hacer historia-historia, pero que nosotros, *malgré* sus autores, podríamos entender como asociables al desarrollo del posible concepto de historia ambiental, tanto en cuanto contribuciones o planteos válidos para historizar procesos de transformación social con relevante rol de la naturaleza como sistema intervenido como asimismo, aportes a la maduración de la base teórica del concepto de ambiente.

En primer término, debe reconocerse la existencia y peso de una idea de historia asociable al determinismo geocultural, en la que des-cuella la proposición tipológica de civilizaciones históricas planteada por A. Toynbee,¹² las contribuciones devenidas de una llamada ecología humana¹³ y por fin si se quiere, las versiones algo deterministas o reductivistas de una idea de la historia asociada al devenir

de los modos socio-productivos, es decir un materialismo histórico despojado de la complejidad de todo el aparato propiamente marxista y restringido a establecer ciertas asociaciones evolutivas entre territorios y sociedades.

El segundo conjunto de aportes que densifican si se quiere, las cuestiones emergentes del locus socialis, de la materialidad inmediata que contextualiza cierta clase de sucesos históricos de rango o interés local, es precisamente el que deviene de las llamadas Historia local, *Oral history*,¹⁴ microhistoria,¹⁵ etc.

El tercer campo de aportaciones tiene un grado significativo de importancia dentro del devenir mismo de las ciencias históricas modernas en tanto que, superando a la vez el determinismo geocultural conductista toynbiano y el materialismo hiper-economicista de la teoría de los modos de producción, se plantea establecer relaciones entre procesos históricos y cambios geográficos a partir de una noción de larga duración que abarca por igual el análisis de los cambios sociales como la interpretación de las transformaciones de los territorios: se trata como se sabe, del enfoque de F. Braudel,¹⁶ magníficamente desplegado en sus propios trabajos pero también extensivo a otros miembros de la *école des annalistes* (como M. Bloch¹⁷ o E. Le Roy Ladurie¹⁸).

En cuarto término podríamos reconocer el enfoque de unas posibles historias de conductas socio-ecológicas; es decir, de la perspectiva de entender ciertas disposiciones genéricas de organizaciones socio-históricas a partir de sus modos de entender y practicar las relaciones por así llamarlas, ecológicas, con sus territorios-soporte: se trataría pues, de un criterio de historización que da preponderancia a la calidad y potencialidad de la naturaleza que da base o fundamento a determinados desarrollos históricos, en el que podemos incluir especialmente a A. Crosby,¹⁹ y para el caso americano a los trabajos de P. Cunill Grau.²⁰

Habría por último, la perspectiva de un cierta especialización al interior mismo de las ciencias históricas en la que se da relevancia a la variante espacialista-regionalista en los discursos históricos: en una especie de articulación entre las vertientes braudelianas y las que

devienen del marxismo de los modos de producción, aparece así una suerte de corriente —que J.C. Garavaglia²¹ en un corto pero preciso ensayo trata de delimitar— en la que emerge la perspectiva de lecturas micro-económicas de las relaciones entre territorios y sociedades²² así como construcciones que intentan ofrecer marcos espaciales a la expresión de ciertos fenómenos abstractos de la economía.²³

En cualquier caso y ahora sí para ir cerrando esta exposición volviendo a las cuestiones generales de la dificultad teórica de construir un concepto de ambiente como articulación de sociedad y naturaleza y por tanto, una posible historización de tal articulación, tales fenómenos, como apunta A. Zarrilli,²⁴ *las nociones de naturaleza y sociedad no son ni conceptos ni objetos de ninguna ciencia fundada y por tanto no constituyen los términos de una articulación científica*, con lo cual se hace sustantivo el análisis, al menos provisorio o hipotético, de cómo se historiza tal articulación (incluso en su pre o no-cientificidad) y así, *desde el momento en que la naturaleza —desde el medio ambiente hasta la naturaleza orgánica del hombre— es afectada por las relaciones sociales de producción—* continuamos citando a Zarrilli— *estos procesos biológicos son sobredeterminados por los procesos históricos en que el hombre o la naturaleza se insertan.*

Sobredeterminación histórico-productiva particularmente aguda en el despliegue del modo capitalista de producción (que depende, en su faceta evolutiva, de la intensidad de tal sobredeterminación) que establece, al devenir la naturaleza en objeto de trabajo, la conversión de lo natural en elemento del análisis histórico y paralelamente, en imposibilidad de saber autónomo de la ecología, cuya imbricación en los procesos históricos es inevitable e inescindible toda vez que la producción de valores de uso se impone y determina la productividad natural.

Los estudios culturales ponen en evidencia la especificidad de la relación de cada cultura con su naturaleza, de la que devienen configuraciones de distintos paisajes —aún referidos a un análogo medio natural— y también concepciones y axiologías del mundo que remiten más genéricamente a lo natural antes que a la noción productivista de recurso o

elemento natural susceptible de engendrar valor devenido de su disponibilidad de uso.

Si la mirada genérica de las relaciones entre cultura y naturaleza apuntan a los paradigmas explicativos de la antropología, en cambio los modos específicos de las relaciones productivistas entre sociedades y recursos naturales resultan más entendibles desde los instrumentos devenidos de la racionalidad económica. Una explicación de lo ambiental como problema puede ensayarse como el grado de irracionalidad entre por una parte, las relaciones cultura/naturaleza y por otra, sociedad productiva/recursos naturales.

Así, la perspectiva de un análisis crítico de las construcciones de la historia económica —que refiere más bien, al segundo campo relacional enunciado— permitiría, aun en negativo, ayudar a historizar la construcción del concepto de ambiente como irracionalidad históricamente evolutiva en tanto victoria del segundo par relacional sobre el primero, tanto en la economía clásica posfisiocrática (Smith, Ricardo y más aún con Walras, Jevons y Merger) como en la desplegada por el enfoque marxista, demasiado confiado en la capacidad de incremento de presión sobre el sistema natural como necesidad de crecimiento económico sobre el que basar, ulteriormente, un criterio de reasignación social revolucionario de tal riqueza incrementada.

Autores ligados al concepto de marxismo ecológico como J. Martínez Alier,²⁵ resaltan esa perspectiva de ortodoxia marxista que no supo o no pudo absorber argumentos pro-ambientales de economistas (Liebig, Podolonsky, Oswald).

Las aportaciones historiográficas empeñadas en trabajar alrededor del escurridizo concepto de *ambiente* —desde el norteamericano R. Mash (quién aparentemente es quién acuña el concepto de historia ambiental) hasta los *annalistes* F. Braudel y E. Le Roy Ladurie (siguiendo en cualquier caso, los lineamientos de una *geografía histórica*,²⁶ desplegada entre otros por C. Cattáneo, C. Sauer o M. Bloch)— permiten establecer una cierta cartografía cognitiva de estos esfuerzos, siempre orientados a modelar la complejidad epistemológica de la noción de ambiente, en la plenitud de su concepción relacional, no sesgada por el recursismo economicista ni tampoco por el idealismo del relativismo cultural.

Notas

- ¹ BOWLER, P. *Historia Fontana de las Ciencias Ambientales*, México, Editorial del FCE, 1997.
- ² DELEAGE, J. P. *Historia de la Ecología*, Montevideo, Editorial Icaria-Nordan, 1993.
- ³ BRAMWELL, A. *Ecology in the 20th Century. A history*, New Haven, Editorial Yale University Press, 1989.
- ⁴ NAESS, A. *Ecology, community and lifestyle: outline of an ecosophy*, Cambridge, Editorial Cambridge University Press, 1989.
- ⁵ O'CONNOR J. *Natural causes. Essays in ecological marxism*, Nueva York, Editorial The Guilford Press, 1998. ⁶ DALY, H. *Steady-state economics*, Washington, Editorial Island Press, 1991.
- ⁷ SACHS, I. *Ecodesarrollo: desarrollo sin destrucción*, México, Edición de El Colegio de México, 1982.
- ⁸ MARTÍNEZ ALIER, J. *De la economía ecológica al ecologismo popular*, Montevideo, Editorial Nordan/Caria, 1995.
- ⁹ LEFF, E. *Ecología y capital: racionalidad ambiental, democracia participativa y desarrollo sustentable*, México, Editorial Siglo XXI, 1994.
- ¹⁰ MC HARG, I. *Design with nature*, op. cit. nota 3.
- ¹¹ LUHMANN, N. *Sociología del riesgo*, Guadalajara, Editorial de la Universidad Iberoamericana, 1992.
- ¹² TOYNBEE, A. *Estudio de la Historia*, vol. I (Compendio Somervell), Barcelona, Editorial Planeta-Agostini, 1985. La forma en que Toynbee traduce las nociones de sociedad y naturaleza, será a través de los conceptos de raza y contorno, y con estos conceptos —especialmente el segundo (presentado en la página 59 op.cit.)— arma su teoría de las civilizaciones, como desarrollos históricos doblemente determinados.
- ¹³ CAMPBELL, B. en su *Ecología Humana*, Barcelona, Editorial Salvat, 1985, formula su tesis de los grandes biomas —plurisilva tropical, tundra, etc— como megaestructuras ambientales generadoras de determinadas y específicas formas de asentamiento y cultura.
- ¹⁴ Véase, THOMPSON, P. *The voice of past: oral history*, Oxford, Oxford University Press, 1978.
- ¹⁵ Los estudios microhistóricos son bastante variados en su espectro de posibilidades. Véanse al respecto, la antología compilada por SAMUEL, R. *Historia popular y teoría socialista*, Barcelona, Editorial Crítica, 1984; SERNA, J. y PONS, A. *Como se escribe la microhistoria*, Madrid, Editorial Cátedra, 2000 (se trata de un estudio alrededor del protagonista principal de los estudios microhistóricos, el italiano GUINZBURG, C.) y el incompleto pero fértil texto de DE CERTEAU, M. *La invención de lo cotidiano. Artes de Hacer*, México, Editorial UIA, 1996.
- ¹⁶ Además del archicitado *El Mediterráneo...*, BRAUDEL despliega su visión geohistórica en *Capitalism and Material Life 1400-1800*, Londres, Editorial Fontana, 1973.
- ¹⁷ Los estudios de historia rural de BLOCH, como el fundamental *Les caracteres originaux de l'histoire rural française*, París, Plon, 1952, son unos de los referentes de la geohistoria fuertemente modelada por los rasgos de los soportes naturales de los asentamientos y las explotaciones.
- ¹⁸ Véanse de LE ROY LADURIE, E. su artículo *La verdure du bocage*, en *Le territoire de l'historien*, Gallimard, París, 1973 y antes, su fundamental *Histoire du climat depuis l'an mil*, Paris, Flammarion, 1967.
- ¹⁹ De CROSBY, A. *The columbian exchange. The biological and cultural consequences of 1492*, Westport, Nueva York, 1972 e *Imperialismo ecológico. La expansión biológica de Europa 900-1900*, Barcelona, Editorial Crítica- Grijalbo, 1988.
- ²⁰ CUNILL GRAU, P. *La geohistoria*, ensayo en M. Carnagnani, *Para una historia de América Latina*, volumen I, México, Editorial FCE, 1999, pp. 13-159 y su libro, *Las transformaciones del espacio geohistórico americano 1930-1990*, México, Editorial FCE, 1995.
- ²¹ GARAVAGLIA, J. C. *Las relaciones entre el medio y las sociedades humanas en perspectiva histórica*, ensayo, Anuario IEHS, Tandil, n.7, p.:41-57, 1992.
- ²² GARCÍA, R. *Modernización en el agro: Ventajas comparativas para quién?. El caso de los cultivos comerciales en El Bajío*, México, Editorial Cinvestav, 1988.
- ²³ VAN YOUNG, E. "Haciendo historia regional. Consideraciones teóricas y metodológicas", ensayo, Anuario IEHS, Tandil, n. 2, p.: 255-281, 1987.
- ²⁴ ZARRILLI, A. G. "Historia y Medio Ambiente", , parte II del libro de GALAFASSI, G. y ZARRILLI, A. *Ambiente, Sociedad y Naturaleza. Entre la Teoría Social y la Historia*, Bernal, Buenos Aires, Editorial de la Universidad Nacional de Quilmes, p.: 63-105, 2002.
- ²⁵ MARTÍNEZ ALIER, J. y SCHLÜPMANN, K. *La ecología y la economía*, México, Editorial FCE, 1992.
- ²⁶ Una buena presentación antológica del tema de la *geografía histórica* (que bien puede entenderse como contributiva al establecimiento de una *historia ambiental*) en CORTEZ, C. (comp.), *Geografía histórica*, México, Edición del Instituto Mora-UAM, Mixcoac, 1991.